

San José, ganando de este modo una entrada á la ciudad; mas al querer penetrar por ella se encontró las calles cortadas con barreras y las paredes de las casas llenas de troneras vomitando una lluvia de balas. Sin duda los soldados de Austerlitz y de Eylau habrían arrostrado aquel fuego con más serenidad; pero tal vez no hubieran adelantado más con obstáculos materiales como aquellos. Era evidente que para vencer tamaña resistencia se necesitaban nuevos medios y más poderosos, y que en vez de dejarse asesinar avanzando al descubierto contra aquellas casas convertidas en fortalezas, era menester hacerlas escombros á cañonazos sobre sus defensores.

Conservando el general Verdier el convento de San José, de que se había apoderado á la derecha, hizo volver las tropas á sus cuarteles después de una pérdida de cuatrocientos á quinientos hombres entre muertos y heridos, número no insignificante para una fuerza efectiva de diez mil soldados. Los muchos oficiales que había heridos eran un testimonio de los extraordinarios esfuerzos que se habían hecho para animar á aquellos bisoños contra tamañas dificultades.

Resolvió Verdier esperar que llegasen refuerzos y especialmente más artillería para renovar el ataque de esta plaza, que al principio se había creído poder rendir en pocos días, y que se resistía mucho más que cualquier ciudad fortificada en regla. Advertido Napoleón de este acontecimiento, le envió al punto los regimientos 14 y 44 de línea que acababan de llegar y varios convoyes de artillería de grueso calibre.

La noticia de esta resistencia causó en todo el Norte de España una conmoción profunda é hizo crecer en gran manera la jactancia de los naturales. Llegó José á Briviesca acogido por todas partes con pruebas inequívocas del odio de los españoles á los franceses y de su confianza en sus propias fuerzas. No halló en su viaje más que desamparo, frialdad y una exaltación de amor propio inaudita, como si los españoles hubieran ganado contra nosotros las mil victorias con que nosotros habíamos sojuzgado la Europa. El principal fundamento de sus esperanzas era el ejército de don Gregorio de la Cuesta y de don Joaquín Blake, que se componía de los insurgentes de Galicia, León, Asturias y Castilla la Vieja, y que iba llegando á Burgos por Benavente. No podían dudar que este ejército alcanzase en breve una ruidosa victoria contra las tropas del mariscal Bessieres, en cuyo caso, unido esto á la resistencia de Zaragoza, todo el Norte de España iba á quedar indefectiblemente, según ellos, limpio de franceses. Del Mediodía no había noticias seguras; pero los siniestros rumores esparcidos sobre la situación del mariscal Moncey en Valencia y del general Dupont en Andalucía, crecían y se agravaban por días, juzgando los españoles que, aunque no fuera más que para reparar los descalabros que iban á sufrir en el Norte, tendrían que retirarse en breve. Napoleón en verdad juzgaba también que en el Norte estaba el mayor peligro en aquella sazón, por cuanto era la base de las operaciones de nuestros ejércitos, y por eso había mandado el general Bessieres que tomase las divisiones de Merle y de Moutón (menos la brigada de Rey que quedaba para la escolta de José), agregase la división de caballería de Lasalle, avanzase velozmente sobre Blake y don Gregorio de la

Cuesta y los batiese á toda costa. En su opinión el interés capital del ejército, la primera condición para sostenerse en España, era dominar el Norte en toda la línea de Bayona á Madrid. Aun cuando más recomendaba al cuidado del general Savary el Mediodía de la Península, tan impenetrable y poco conocido, le prescribía que enviase al mariscal Bessieres por Ségovia todas las fuerzas que no necesitase indispensablemente en la capital. «Malo será, le decía, un descalabro en el Mediodía, pero de un descalabro grave en el Norte puede resultar quizá la pérdida del ejército entero, ó cuando menos la pérdida de la campaña, porque tendremos entonces que evacuar tres cuartas partes de la Península para recobrar en el Norte la posición perdida.»

Partió de Burgos en efecto el mariscal Bessieres el 12 de julio con la división de Merle, media división de Moutón (brigada de Reynaud) y la división entera de Lasalle, reuniendo un total de once mil infantes y mil quinientos caballos, entre cazadores, dragones y caballería de la guardia. Con estas fuerzas marchó resueltamente contra el núcleo de los sublevados del Norte, mandado según hemos dicho por los generales Blake y Cuesta.

El capitán general don Gregorio de la Cuesta se había retirado al reino de León después de derrotado en el puente de Cabezón, y aunque muy disgustado del levantamiento, cuya imprudencia le había expuesto á un enojoso descalabro, anhelaba no obstante recobrase, y había procurado introducir cierto orden en los discordes elementos de que el ejército insurgente se componía. Tenía de dos á tres mil hombres de tropas reguladas, y unos siete ú ocho mil voluntarios entre paisanos, estudiantes, aldeanos y gente menuda. Quería reunir á esa especie de embrión las partidas de Asturias, y especialmente las de Galicia, más poderosas que aquéllas, puesto que contaban con gran porción de las tropas de la división de Taranco que había regresado de Portugal. Ocupados los asturianos en su propio negocio, y reputándose invencibles en sus fragosas montañas mientras no saliesen de ellas, no quisieron acudir al llamamiento de Cuesta, y se limitaron á enviarle dos ó tres batallones de tropa regulada. Pero la junta de la Coruña, menos prudente si bien más generosa, decidió, contra el parecer de don Joaquín Blake, que había substituído al capitán general Filangieri, que se enviase á los llanos de Castilla la Vieja todas las fuerzas de la provincia para correr la suerte de las armas. Don Joaquín Blake, oriundo de una de las familias católicas de Inglaterra que habían hecho de la España su patria adoptiva, era un militar de carrera, asaz instruído: había dedicado á formar con las tropas de línea de su mando un ejército regular capaz de hacer cara á un enemigo tan hecho á la guerra como el soldado francés: había engrosado los cuadros de sus tropas de línea con una parte de los sublevados, y formado con los demás batallones de voluntarios, á quienes instruía diariamente para que adquiriesen la necesaria resistencia. Fuese que no deseara medir antes de sazón sus fuerzas con las de los franceses, ó bien que conociese realmente hasta qué punto una buena organización decide de la suerte de la guerra, solicitaba Blake que se le concediese un plazo de varios meses para bajar á los llanos

de Castilla y se le dejara entretanto disciplinar su ejército al amparo de las montañas de Galicia; pero, cediendo á la voluntad de la junta, tuvo que ponerse en camino adelantándose hasta Benavente. Bien hubiera podido llevar consigo veintisiete ó veintiocho mil hombres entre batallones antiguos y nuevos; pero dejó dos divisiones rezagadas en las gargantas de las montañas, y con tres, que presentaban una fuerza efectiva de quince ó diez y ocho mil combatientes, se encaminó la vuelta de Valladolid. Reunióse con don Gregorio de la Cuesta en las cercanías de Medina de Rioseco el día 12 de julio. No habían nacido estos dos generales para proceder unidos: el uno era descontentadizo é imperioso, y el otro estaba disgustado de ir á exponerse en campo raso á ser batido por un enemigo hasta entonces invencible, y por lo tanto no parecía muy dispuesto á la docilidad. Tomó el mando Cuesta como más antiguo, y tuvo vistas con su compañero en Medina de Rioseco para concertar las operaciones. Podían entre ambos poner en línea de veintisiete á veintiocho mil hombres, y seguramente hubieran podido con mejores soldados disputar la victoria á los franceses, cuyo número no pasaba de once á doce mil combatientes.

Medina de Rioseco está situada en la llanura que á manera de mesa forma lo alto de una loma. A la izquierda de los españoles se extendía la carretera de Burgos y Palencia, por donde llegaban los franceses del mariscal Bessieres; á la derecha la de Valladolid. Un regimiento de caballería francés, que iba batiendo el campo por entre los dos caminos, hizo creer á los generales españoles poco diestros en reconocimientos, que el enemigo se acercaba por el de Valladolid, esto es, por su derecha. Fué esto el 13 de julio al anochecer. Engañado con aquella apariencia, aprovechó el general Blake la noche para dirigir su cuerpo de ejército por la derecha de Medina, camino de Valladolid. En aquella estación amanece muy temprano, y así que empezó á quebrar el día reconocieron los dos generales españoles su error: Cuesta, que había emprendido su movimiento el último, hizo alto, cuidando de apoyar por la izquierda hacia el camino de Palencia por donde los franceses avanzaban, y creyéndose en mayor peligro pidió auxilio á Blake, que se apresuró á mandarle una de sus divisiones. Quedaron, pues, las tropas españolas dispuestas en dos líneas, la primera avanzada y un tanto á la derecha mandada por Blake, y la segunda, bastante retrasada con respecto á la primera y más á la izquierda, mandada por Cuesta. En esta disposición permanecieron inmóviles, esperando á los franceses en lo alto de la loma, sin práctica bastante en el arte de las maniobras para rectificar tan cerca del enemigo la mala posición que habían tomado.

No tuvo el menor recelo al ver reunidos aquellos veintisiete ó veintiocho mil hombres el mariscal Bessieres, que después de una marcha rápida contaba con unos nueve ó diez mil infantes y mil doscientos caballos, porque tenía una alta opinión de sus soldados; con dos regimientos veteranos como el 4.º ligero y el 15 de línea, y además algunos escuadrones de la guardia, se reconocía capaz de arrollar toda la fuerza que tenía delante. El valiente Bessieres, oficial de caballería formado en la escuela de Murat, y gascón como su maestro, participaba también mucho de la jactancia de éste, de su

decisión y de su arrojo. Iba avanzando con sus tropas por el pie de la loma de Medina de Rioseco, cuando divisó á lo lejos las dos líneas españolas, una detrás de otra, excediendo mucho la segunda á la primera por su izquierda. Resolvió aprovechar la distancia que entre ellas mediaba, cayendo primeramente sobre el flanco de la primera, y después de haberla roto caer en masa sobre la segunda. Hizo avanzar al punto el general Merle á su izquierda para atacar á la línea de Blake, y al general Moutón á su derecha para flanquear á Merle y acometer en seguida á la línea de Cuesta. La caballería iba detrás mandada por el denodado y entendido Lassalle.

Animados de la misma confianza que sus generales, prepararon nuestros bisoños por la loma con rara serenidad. Embistieron resueltamente á la línea de Blake por su izquierda, arrostrando impetuosas descargas de artillería, que era el arma mejor del ejército español, y al llegar á tiro de fusil rompieron el fuego con gran concierto, debido á la práctica adquirida desde su entrada en España: avanzaron sobre la línea enemiga, cerraron con ella á la bayoneta; cieron los españoles, una carga del general Lasalle con sus cazadores acabó de romperlos, y la izquierda de la primera línea española deshecha dejó descubierta la segunda. Al ver esto, parte de la segunda línea avanzó espontáneamente é intentó denodada contrastar nuestro empuje sacando partido del mismo desorden que el triunfo había causado en nuestras filas; consiguió en efecto detener su acción por un instante, logró apoderarse de una batería que había seguido el movimiento de los infantes, secundando este esfuerzo los guardias de corps y los carabineros reales, que cargaron con el mayor arrojo; y ya los peones españoles, creyéndose vencedores, tiraban al aire los sombreros gritando ¡Viva el rey!, cuando el mariscal Bessieres, que tenía de reserva trescientos jinetes, entre granaderos de á caballo y cazadores de la guardia imperial, los lanzó al galope contestando con el grito de ¡Viva el emperador!, ¡No más Borbones en Europa!, y desconcertó en un momento á los guardias y carabineros reales, tratándolos como habían sido tratados en Austerlitz los caballeros guardias del emperador Alejandro. Entonces el general Merle acabó de abatir la primera línea, que era la de Blake, y cayó sobre el centro de la segunda, dirigida por Cuesta, á quien el general Moutón acometía ya por su lado. Poco tiempo se sostuvo contra el doble ataque de los bisoños del general Merle y de los veteranos del general Moutón: desorganizada como la primera, abandonó el campo la segunda línea española toda entera, huyendo desordenadamente por lo alto de la loma en que asienta Medina de Rioseco y buscando asilo en esta ciudad. Los mil doscientos jinetes de Lasalle, lanzados al punto sobre un enjambre de veinticinco mil fugitivos llenos de indecible espanto, arrojando las armas y lanzando aullidos de desesperación, hicieron en ellos horrible carnicería. Aquella inmensa explanada fué en breve escena del más lamentable espectáculo, sembrada como quedaba con los despojos de cuatro ó cinco mil infelices inmolados por los sables de nuestra caballería. No habían presentado más espantable aspecto los dilatados campos de batalla del Norte que tantas veces habíamos cubierto de cadáveres. Quedaron en poder nuestro diez

y ocho bocas de fuego, muchas banderas y una multitud de fusiles abandonados en la huida. Al paso que la caballería, no teniendo otro medio de hacer prisioneros que el de rendir á los fugitivos se cebaba en acuchillarlos, la infantería avanzaba presurosa hacia la ciudad de Medina, cuyos moradores dando crédito á las falsas noticias de unos cuantos soldados que habían abandonado el campo de batalla antes de acabarse la acción, estaban asomando á las ventanas esperando la entrada del ejército español triunfante. Amargo desengaño fué el suyo al ver con sus propios ojos inundada la ciudad por la oleada de los fugitivos. Muchos soldados españoles, recuperando su valor al amparo de los muros, se detuvieron para defenderse; pero entró el general Moutón á la bayoneta con el 4.º ligero y el 15 de línea, y arrolló cuantos obstáculos le opusieron. En medio de aquel tumulto, tratando los soldados á la ciudad como ganada por asalto, empezaron á saquearla, y estuvo Medina entregada á su discreción por espacio de muchas horas, viendo en aquel triste período pasados á cuchillo todos los monjes franciscanos que habían hecho fuego contra los franceses desde las ventanas de su convento (1).

Esta sangrienta victoria que nos hacía dueños de todo el Norte de España, y que iba á desalentar por algún tiempo á los sublevados quitándoles la gana de volver á presentarse en batalla campal, sólo nos costó setenta muertos y trescientos treinta heridos (2): efecto prodigioso debido á un excelente plan de ataque y á una ejecución vigorosa.

Al siguiente día ordenó el mariscal Bessieres su ejército y marchó la vuelta de León para acabar de dispersar á los insurgentes, que huían con toda la rapidez propia de sus excelentes piernas.

La nueva de la victoria de Ríoseco produjo, al menos por entonces, una mudanza notable en el lenguaje y en el ánimo de los españoles. Desde entonces ya no creyeron con tanta facilidad que nos iban á quitar todo el Norte, es decir, el terreno de Madrid á Bayona, y que iba á desmoronarse toda nuestra obra de la península.

Continuaba José su viaje con gran lentitud, y llegó á Burgos. Se había esforzado en granjear corazones durante su travesía á fuerza de contemplaciones y de afectada humanidad, quitando siempre la razón á los soldados franceses y mimando á los sediciosos: pero advirtiéndolo

(1) «El enemigo, dice el conde de Toreno, con pretexto de que soldados dispersos habían hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo y arrojándolo todo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mujeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron más de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctimas del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetasen aun á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.» Conviene cotejar con la narración del autor francés ésta de una de los verídicos historiadores españoles, para que rebajada la parte de exageración casi inevitable al escribir hechos que tan de cerca atañen al honor nacional, pueda deducirse la verdad aproximada de aquel acontecimiento. (N. del T.)

(2) El conde de Toreno supone que los franceses tuvieron unos trescientos muertos y más de setecientos heridos. (N. del T.)

que lo que con tanto trabajo ganaba no le compensaba el tiempo que perdía, invitado repetidas veces por el general Savary á presentarse en su nueva capital, y sobre todo tranquilizado con la victoria de Ríoseco, dió de mano á caricias inútiles con aquellos pueblos desagradecidos y se trasladó sin hacer más paradas de Burgos á Madrid. Entró en la capital el 20 por la tarde, y fué recibido con fría curiosidad, sin un solo viva del pueblo, aunque aclamado por el ejército francés que, olvidando el poco afecto que le tenía, saludó en su persona al glorioso emperador por quien á todas partes iba á pelear y á morir gustoso.

A pesar de haber entrado en Madrid precedido por una ruidosa victoria que hubiera debido inclinar de su lado la balanza de la opinión, advirtió José la misma repugnancia que en todas partes á acercarse á su persona. Los ministros que se habían comprometido á servirle estaban consternados, y le declaraban que de haber previsto la grande oposición que tenía el país á la nueva dinastía, no hubieran abrazado su partido. Los individuos de la junta de Bayona que le habían acompañado se habían ido dispersando unos tras otros. Los magistrados que componían el Consejo de Castilla, tan censurados de haber cedido á todas las exigencias de Murat, se negaban á jurarle. Sólo el clero, fiel á la máxima de dar al César lo que es del César, se había presentado á tributar á su persona el obsequio debido á la nueva monarquía como hecho consumado, y más aún al hermano del autor del concordato. José se expresó con él del modo más significativo en favor de la religión; sus palabras le cautivaron, y más aún sus delicadas maneras, y no dejó de producir buen efecto en Madrid lo que la gente de iglesia contó de aquel recibimiento. El cuerpo diplomático acudió solícito á tributarle homenaje, no por ser el nuevo rey de España, sino por su parentesco con el emperador de los franceses. Algunos grandes por sus empleos y servicio forzoso en palacio no pudieron menos de presentarse á él, y entre generales franceses, ministros extranjeros, clero superior y cortesanos de necesidad y de costumbre, llegó á reunir José una corte de regular apariencia, que con una serie de rápidas victorias hubiera llegado á ser respetada y obedecida, cuando no amada del pueblo.

Pero al señalado triunfo obtenido en el Norte tenía pocas trazas de corresponder otro en el Mediodía. Había pasado un mes entero sin tenerse noticias del general Dupont, y para saber lo que le había sucedido fué menester que su segunda división, que mandaba el general Vedel, y que se le había enviado para sacarle del bloqueo á que le habían reducido, atravesase á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena. Súpose entonces la toma de Córdoba, su evacuación y el asiento posterior del ejército en Andújar. Después la insurrección volvió á dejarle juntamente con Vedel de todo punto interceptado, como deja aislada la mar á la nave que la va surcando, y nada se supo más de él. En cuanto á Moncey también se había ignorado su suerte mucho tiempo y por último se llegó á saber su situación. He aquí lo que le había ocurrido durante los acontecimientos tan varios de Castilla, Aragón, Cataluña y Andalucía.

Le vimos en Cuenca esperando que el general Chabrán pudiera progresar hasta Castellón de la Plana,

mientras éste por el contrario había tenido que desandar mucho camino para no quedar definitivamente incomunicado con Barcelona. Hasta le había sido preciso desplegar toda su energía para atravesar los pueblos de Arbós, Vendrell y Villafranca sublevados, y reunirse con su general en jefe que le había salido al encuentro hasta el Bruch. Ambos habían regresado á Barcelona, donde todos los días tenían que trabar encarnizados combates con los insurrectos que iban á molestarlos hasta las puertas mismas de la ciudad.

El general Moncey, que ignoraba estas circunstancias, había estado esperando en Cuenca desde el 11 al 17 de junio, y juzgando que el tiempo transcurrido era muy suficiente para que Chabrán se hubiese aproximado á Valencia, movió su ejército por el camino casi intransitable de Requena, agregando á la ya excesiva demora de Cuenca una lentitud que, si bien muy favorable para la marcha de sus tropas que no tenía que dejar rezagos, fué funesta para el plan general de las operaciones. Pasó por Tortola, Buenache y Minglanilla, adonde llegó el 20; el 21 se encontró á la orilla del Cabriel con varios batallones enemigos á su frente, uno de ellos de tropa suiza, emboscados en el puente de Pajazo, en posición de difícilísimo acceso. Corre en aquel punto el Cabriel por entre espantosos peñascales; llégase al puente que le atraviesa por un angosto desfiladero, y después de ocupar el puente hay que atravesar otro desfiladero tan peligroso como el primero. Los sublevados de Valencia, empleando el tiempo que se les había dejado en establecerse en aquella posición, habían obstruido el puente poniendo artillería á su entrada y diseminando por los peñascales del contorno millares de tiradores. Hizo llevar á aquel punto el mariscal Moncey varias piezas á brazo por uno de los más ásperos senderos y separar los obstáculos acumulados en el puente, y después destacó por derecha é izquierda columnas que vadeando el Cabriel envolvieron á los sublevados emboscados en las peñas, hicieron gran matanza y se enseñorearon de la posición.

Invirtió el mariscal Moncey el día 22 en descansar y en hacer más practicable el camino para la artillería y los bagajes: el 23 llegó á Utiel, y el 24 se puso á la entrada de un largo y angosto desfiladero que, atravesando las montañas que parten término con Castilla, conduce á la famosa llanura tan renombrada por su belleza, llamada la huerta de Valencia. Este desfiladero, conocido con el nombre de desfiladero de las *Cabrillas* y formado por el álveo de un arroyo que había que vadear hasta seis veces, era reputado como inexpugnable. El mariscal Moncey con la lentitud de su marcha había dado tiempo á los sublevados de apoderarse de él y de multiplicar sus medios de resistencia. Vencer de frente los obstáculos que se nos oponían era casi imposible y tenía que costar grandes pérdidas: encargó Moncey al general Harispe, el héroe de los vascones, que con los hombres más listos y los mejores punteros, haciéndoles dejar los sacos, ocupase las alturas por derecha é izquierda para desalojar los españoles y precipitar á los defensores por los derrumbaderos después de envolverlos. Con esfuerzos inauditos y sosteniendo mil combates parciales, logró Harispe, trepando de roca en roca, ganar los accesos de la posición, y consiguió por fin coger por la espalda á los españoles que defendían el

paso. Huyó al verle el enemigo (1), abandonando á nuestro ejército un desfiladero que hubiera sido imposible tomar asaltándole de frente, y Moncey victorioso se detuvo de nuevo en la venta de Buñol para dar tiempo á sus bagajes de alcanzarle y á su artillería de reponer los destrozos que había sufrido por el mal estado de los caminos. Faltaban medios de reparación, como faltaban los víveres, en el selvático país que acababa de atravesarse; pero se sacaron piezas de repuesto de la artillería española, que había caído toda en poder de los franceses (2), y el día 26 emprendió la columna su marcha hacia Chiva. Al otro día, 27, desembocó en la fértil llanura de Valencia, cruzada por mil canales de riego que reparten en todas direcciones el agua del Guadalaviar, cubierta de cañamo de extraordinaria altura, y toda sembrada de naranjos, palmeras y demás productos de la vegetación tropical. Este espectáculo llenó de alborozo á nuestros soldados, entristecidos con las monótonas llanuras que habían recorrido; pero si bien por la lentitud de su marcha llegaban á aquella hermosa tierra en buen estado y todos reunidos bajo sus banderas, bien alimentados y en disposición de entrar en acción al punto, también por causa de la misma lentitud hallaban al enemigo bien prevenido y con medios de defender su capital. Había que atravesar en el pueblo de Cuarte, á dos leguas de Valencia, el canal de regadío que tuerce el curso á las aguas del Guadalaviar, restablecer su puente, que estaba cortado, tomar el pueblo de Cuarte y además una multitud de puestos avanzados emboscados á una y otra mano en las masías de la llanura, ó escondidos por la altura de los cañamares; mas estos no fueron obstáculos para nuestras tropas: atravesaron el canal, restablecieron el puente, tomaron el pueblo, y corriendo por la campiña, saltando las acequias, acabaron, no sin alguna pérdida de su parte, con los numerosos escaramuceadores que de todos lados enviaban sobre ellas una lluvia de balas.

Hizo noche la tropa bajo los muros de Valencia. El mariscal Moncey resolvió tomar por asalto la ciudad, atacando por las dos puertas de Cuarte y San José, que eran las primeras que se le ofrecían á la vista yendo desde Requena. Rodeaba á Valencia un grueso muro cuyo pie bañaban las aguas de que estaba lleno el foso: cubierto de caballos de frisa y de obstáculos de toda especie, y en los tejados de las casas estaban apostados á millares, dispuestos á romper el más mortífero fuego de fusilería.

El día 28 desde la madrugada, después de haber obligado á los escaramuceadores enemigos á replegarse, envió Moncey dos columnas de ataque contra las puer-

(1) Esto parece inexacto, ó por lo menos envuelve reticencias desfavorables á los españoles. Harispe con los vascones arrolló á nuestras guerrillas, y con esto facilitó el ataque de frente dirigido por Moncey; pero los únicos soldados fogueados que nos asistían con las reliquias de gente bisoña que defendía el paso de las *Cabrillas*, y que no eran más que ciento ochenta hombres del regimiento de Saboya, hicieron rostro á Moncey tan bravamente, que quedaron los más, juntamente con los artilleros, muertos al pie de los cañones. Natural era que la gente bisoña hubiese entonces; pero también era justo que Mr. Thiers no dejase tan diminutas sus narraciones cuando hay algunos pormenores para nosotros gloriosos, al paso que tanto sabe encarecer y explicar algunas acciones bien insignificantes de sus paisanos. (N. del T.)

(2) Conviene saber que toda la artillería española eran dos cañones y un obús. (N. del T.)

tas de Cuarte y de San José. Quedaron brevemente vencidos los primeros obstáculos, pero al llegar cerca de las puertas fué preciso arrancar los caballos de frisa antes de hacer uso de la artillería. Repetidas veces avanzaron nuestros valientes bisoños arrojando las balas con hacha en mano dispuestos á ejecutar tan peligrosa operación; pero al cabo de varias tentativas dirigidas por el general de ingenieros Cazals y señaladas con considerables pérdidas, se reconoció la imposibilidad absoluta de forzar las puertas, objeto de nuestras embestidas. Aunque esto se hubiera logrado, poco se conseguía, porque estaban dentro todos los arranques de las calles obstruidos con barreras como en Zaragoza, de modo que hubiera sido preciso renovar el asalto en cada una. Cediendo á esta convicción, replegó el mariscal Moncey sus tropas, quedando no obstante dueño de los arrabales que había tomado.

Esta sangrienta tentativa le costó cerca de trescientos hombres y le dió mucho en qué pensar (1). Había llevado consigo más de ocho mil hombres, cerca de mil habían quedado en el camino, enfermos ó fuera de combate; acababa de saber por unos prisioneros que el general Chabrán se había replegado sobre Barcelona; tenía delante una ciudad de setenta mil almas, que reunía ahora cien mil por lo menos por haberse aglomerado dentro de sus muros todos los cultivadores de la Huerta, y que estaba resuelta á defenderse hasta el úl-

(1) El modo que tiene Mr. Thiers de contar la resistencia verdaderamente maravillosa de Valencia hace muy poco honor á su imparcialidad. En primer lugar nada dice del entusiasmo sin igual con que las personas de todas edades y sexos acudieron á facilitar los preparativos de defensa y á trabajar en las fortificaciones y en las baterías de sacos de tierra que se levantaron en el corto espacio de sesenta horas. Pero lo peor es que omite otros hechos de capital importancia, que nos vemos precisados á referir brevemente, para que no se crea que la expugnación intentada fué sólo una sangrienta tentativa.

Después de la refriega que hubo en el pueblo de Cuarte, de cuyas resultas avanzó Moncey hasta un huerto que distaba sólo media legua de Valencia, envió éste proposiciones á la ciudad para que capitulase. Fueron desechadas por exigencia del pueblo embravecido, que con desaforada gritería lo pidió á la junta, con este motivo congregada, de concejales, nobles y representantes de los gremios; y Moncey rompió el fuego el 27 contra la puerta de Cuarte y la batería improvisada de Santa Catalina, no contra la puerta de San José como se supone. Tres fueron las embestidas de los franceses, todas muy impetuosas y todas igualmente ineficaces. La primera fué el 28, según queda dicho, á las once de la mañana: fueron repelidos por los fuegos de Santa Catalina y por el graneado de fusilería que desde la muralla hacían los habitantes con un entusiasmo que rayaba en frenesí, y aprovechando por falta de metralla rejas, barras y toda clase de utensilios de hierro cortados en menudos pedazos. Recogió Moncey sus soldados á la cruz de Misalata, y después de un breve respiro emprendió la segunda acometida, que fué contra la batería de Santa Catalina. Tres veces se estrellaron contra ella, abrasados á cañonazos: los soldados repelidos dejaron el suelo empapado en su sangre. La última embestida fué á las cinco de la tarde: la dió Moncey con todo el grueso de su ejército hacia la puerta de Cuarte, contra la tapiada de Santa Lucía, que se consideraba como la parte más flaca del muro. Los españoles en ésta lograron desmontar la artillería enemiga, desalojando á los franceses del punto que ocupaban con notable matanza. Cesó el fuego á las ocho de la noche, habiendo perdido Moncey más de dos mil hombres, entre ellos al general de ingenieros Cazals con otros oficiales superiores. Pero por su empeño de hacer aparecer la resistencia de aquella ciudad como negocio de poco momento, cuando en realidad fué de tanta importancia y tan gloriosa, tiene que privarse Mr. Thiers del placer de tributar el merecido elogio á la memoria de los franceses que allí murieron como valientes: justa expiación de su parcialidad. (N. del T.)

timo trance por el temor de que los franceses vengasen en ella los odiosos asesinatos ejecutados en sus compañeros; y para vencer semejante resistencia no tenía el mariscal artillería de grueso calibre. Renunció, pues, prudentemente á renovar un ataque que no ofrecía probabilidades de buen éxito, y que no habría hecho más que acrecer las dificultades de su retirada, aumentando el número de los heridos, y una vez tomada esta resolución tuvo el talento de ponerla inmediatamente por obra. Habíanle dicho que el capitán general español, conde de Cerbellón, que se hallaba fuera de la ciudad en campo raso al frente de los sublevados, estaba acampado con siete ú ocho mil hombres sobre las orillas del Júcar, río pequeño que después de contornar las montañas de Valencia desagua en la mar á unas cuantas leguas de la capital, cerca de Alcira; suponíase que su intención era atravesar la Huerta y situarse en los desfiladeros de las *Cabrillas* para cerrar el paso á los franceses. Grande hubiera sido este inconveniente, porque habiendo perdido ya el mariscal Moncey los mejores soldados de su cuerpo de ejército y llevando consigo gran número de heridos, fácilmente hubiera podido salirle frustrada cualquiera operación, afortunada la primera vez. Por otra parte, el camino que atraviesa el Júcar en Alcira para evitar las montañas de Valencia y cruza la provincia de Murcia en Almansa, aunque un poco más largo, era muy preferible: resolvió, pues, Moncey marchar derecho al Júcar, presentar batalla al conde de Cerbellón, forzar el paso de Almansa y regresar por Albacete.

Llegado que hubo á las orillas de aquel río el 1.º de junio, encontró á los insurgentes de Valencia y Cartagena apostados á la parte opuesta, ocupando el puente (2). Pasó el ejército el Júcar vadeándole por tres puntos, restableció en seguida el puente é hizo pasar por él sus inmensos bagajes. Todo el día 2 estuvo descansando. El día 3, con aviso de que otros sublevados querían defender el paso de las montañas de Murcia, que lleva el nombre de Puerto de Almansa, se apresuró Moncey á atravesarle, no halló en él tropiezo alguno de gravedad, ahuyentó en todas partes á los rebeldes y hasta les quitó la artillería. Continuando su marcha lenta y metódica llegó el 5 á Chinchilla y el 6 á Albacete, donde supo con verdadero júbilo que la división de Frere, que en un principio se debía haber situado en Madridejos, escalonada sobre la carretera de Andalucía, y que después por orden del emperador había sido llevada á San Clemente, estaba muy cerca de allí, por lo que el día 10 de julio se reunió con ella.

Traía su división en buen estado, aunque cansada, sin dejar atrás ni un herido ni un solo cañón; pero es forzoso repetir que si bien la lentitud de su marcha le había permitido conservar su división íntegra, por otra parte habíale hecho perder la conquista de Valencia, de la que seguramente se hubiera apoderado, como el general Dupont de Córdoba, marchando velozmente y sorprendiendo á los insurrectos con un golpe de mano antes que tuviesen lugar de hacer sus preparativos de defen-

(2) Téngase entendido que no encontraron aquí más resistencia los franceses que la que les opuso la escasa gente del general Llamas, el cual se detuvo en el Júcar admirado de la inacción del conde de Cerbellón, que permaneció como dormido en Alcira pudiendo haber derrotado á Moncey antes de salir del territorio valenciano. (N. del T.)

sa. Sin embargo, su modo lento y seguro de marchar entre provincias sublevadas, batiendo siempre al enemigo y sin ir sembrando por los caminos, como les sucedía casi á todos, sus bagajes, sus heridos y sus enfermos, tenía cierto mérito que Napoleón se complacía en reconocer y presentar como modelo.

Mientras el mariscal Moncey ejecutaba esta difícil marcha, la provincia de Cuenca, tan pacífica al principio, se insurreccionó y echó abajo el hospital que aquél había establecido para depositar sus enfermos. El general Savary se vió precisado á enviar al general Caulaincourt con una columna para que le castigase, y éste la hizo sufrir dos horas de pillaje, que aprovecharon los soldados desgraciadamente con gran lucro para ellos y muy perniciosas consecuencias para el ejército.

Los acontecimientos de Valencia precedieron á la batalla de Ríoseco algunos días, pero sólo se supieron en Madrid hacia el mismo tiempo. Regocijábanse los españoles con la tenaz resistencia que nos habían opuesto en Zaragoza y Valencia y que demostraba la necesidad de ataques más formales para sujetar á las capitales sublevadas; pero nosotros ocupábamos en todas partes la campiña como vencedores, y los insurgentes no podían presentarse en parte alguna sin ser al punto dispersados. Salieron juntos de Barcelona los generales Duhesme y Chabrán, ya reunidos, y el primero se apoderó del fuerte de Mongat, tomó y saqueó la pequeña ciudad de Mataró, y aunque se le frustró el escalár á Gerona, volvió á entrar en Barcelona, difundiendo el terror por los pueblos del tránsito y haciendo severos escarmientos. El general Verdier, aunque continuaba detenido sobre Zaragoza, era dueño del Aragón y había enviado una columna con el general Lefebvre-Desnoettes á castigar á la ciudad de Calatayud. Por último habíamos anonadado en Ríoseco, según acabamos de referir, al único ejército considerable que hasta entonces nos había hecho frente. Teníamos, pues, asegurado nuestro ascendiente en el Norte: la dificultad estaba en el Mediodía. Allí el general Dupont, acampado sobre el Guadalquivir y apoyado en la Sierra Morena, tenía que habérselas con un ejército en la apariencia numeroso, compuesto no solamente de insurgentes, sino también de tropa de línea. No se limitaban los españoles á mantener el campo á su presencia, sino que le habían reducido á la defensiva en la posición de Andújar; y con cualquier descalabro que allí sufriese, los insurgentes de Andalucía y de Granada, unidos á los de Cartagena y Valencia por un lado y á los de Extremadura por el otro, podían atravesar la Mancha y ponerse sobre Madrid con fuerzas considerables, dando á la guerra un aspecto de todo punto nuevo. Sin embargo, á nadie se le ocurría siquiera que esto pudiera suceder á pesar de las jactancias de los españoles, porque en efecto el general Dupont contaba ya con la división de Vedel, que se le había incorporado, juntando un cuerpo de ejército de diez y seis á diez y siete mil hombres; contábase con su reconocida inteligencia, y no se creía que aquel general, que se había sostenido en Albeck con seis mil hombres contra sesenta mil austriacos, y que había dejado aquella posición cogiendo cuatro mil prisioneros, pudiese sucumbir ante unos insurgentes indisciplinados, en quienes acababa el mariscal Bessieres de hacer horrible matanza con un puñado de soldados.

Todos, pues, confiaban sin gozar de una plena tranquilidad. El general Savary, de acuerdo con Napoleón, que sólo podía dirigir los acontecimientos militares de lejos y con la vaguedad de dirección originada por el tiempo y la distancia, había enviado al general Gobert á Madridejos á relevar á la división de Frere, que era la tercera del general Dupont, empleada, como dejamos apuntado, en socorrer al general Moncey hacia San Clemente. El general Gobert tenía encargo de internarse en la Mancha y adelantar, si lo requerían las circunstancias, hasta Sierra Morena para reunirse con el general Dupont. Iba, pues, á servir su división de tercera división de este general, en substitución de la de Frere ocupada en otra parte. Enviado ya uno de sus cuatro regimientos de convoy á Andújar, llevaba sólo tres regimientos de infantería, excelentes aunque de bisoños, y un soberbio regimiento provisional de coraceros, mandado por el entendido mayor Cristophe. Verificada esta anexión, ya no parecía posible dudar de los acontecimientos de Andalucía. Pero ni se habían limitado á esto las precauciones del general Savary: había vuelto á traer sobre Madrid la división de Musnier que regresaba de Valencia, la división de Frere que había ido á socorrerla y la columna de Caulaincourt, encargada de escarmantar á Cuenca. El por su parte no se había separado nunca de la división de Morlot, del cuerpo de Moncey y de la guardia imperial, y acababa además de recibir la brigada de Rey, que había servido de escolta al rey José: fuerzas que ascendían á un total de veinticinco mil hombres, y que, á no ser por el gran número de heridos y enfermos, hubieran pasado de treinta mil. Con tales elementos, bien podrían dejarse burladas las esperanzas de los españoles. Éstos, sin embargo, no cesaban de repetir que Zaragoza y Valencia se sostendrían firmes; que el general Dupont se vería precisado á volver á pasar la Sierra Morena; que pronto emprenderían su persecución los sublevados de Extremadura, Andalucía, Granada, Cartagena y Valencia; que los del Norte volverían á presentarse en la línea de Burgos, y que ante todas estas fuerzas reunidas tendría el nuevo monarca que regresar mal de su grado á Bayona. Los franceses por el contrario se lisonjaban de ver en breve á Zaragoza tomada por asalto; al ejército del general Verdier, libre del bloqueo, continuar su marcha á Valencia con el cuerpo de Moncey, y al general Dupont avanzar triunfante hacia Andalucía y sojuzgar todo el Mediodía de España. Una de estas dos predicciones tenía forzosamente que realizarse, según lo que se preparaba en Andalucía: así que todas las miradas de españoles y franceses estaban á la sazón (del 13 al 20 de julio) vueltas hacia los cuatro reinos meridionales de la península.

Según dijimos en lugar oportuno, el general Dupont al dejar á Córdoba había ido á establecerse á Andújar, sobre el Guadalquivir, posición por cierto mal escogida, porque hubiera estado mucho mejor situándose en el mismo Bailén, á la boca de los desfiladeros, que con su sola presencia hubieron quedado cerrados, y en cuyo punto hubiera disfrutado de una posición saludable, ventilada y dominante, desde la cual podía precipitar al Guadalquivir á cuantos osasen acercársele. Dijimos también que este general había colocado la brigada de Pannetier un tanto á la izquierda, y avanzada con respecto al puente de Andújar; la de Chabert algo atrás y